

Golpe de suerte / Nueva York

Israel Rodas



Capítulo 1

Golpe de suerte / Nueva York

Un síntoma inequívoco del mal de amores, además del gesto desencajado y el semblante de perro apaleado, es sentir la imperiosa necesidad de no pensar más en el ser amado. Para ello, la mayoría de las veces, acudimos al primer tugurio que vemos abierto, entramos en él y buscamos un asiento frente a la barra, pedimos que nos sirvan un vaso doble de Whiskey en las rocas y lo bebemos lánguidamente, mientras dejamos escapar largos y doloridos suspiros que denotan la pena que embarga nuestro corazón.

Mientras Chris bebía su tercer trago, recordaba lo que había sucedido esa misma noche:

Él y su prometida, habían protagonizado una acalorada discusión pública durante la cena. La causa de su disputa, por increíble que parezca, había sido un comentario que Chris hizo sobre el hermano menor de Lynn. En principio, no era su intención comenzar una batalla campal entre él y su novia, pero, Lynn, ofendida tras escuchar la dolorosa verdad de que su hermano era un holgazán bueno para nada, le devolvió la cortesía con un extenso monólogo sobre su madre, en el que acentuó cada una de las extrañas manías que la vieja tenía. No obstante, ese fue solo el comienzo de la avalancha de insultos que se desató entre los dos. Ella, a manera de listado, enumeró cada una de las cosas que le molestaba de él, empezando por sus molestos ronquidos durante la noche, hasta el penetrante olor de su gato; y él, en perfecta sincronía con ella, hizo lo mismo, echándole en cara la obsesión que tenía por llevar una dieta perfectamente balanceada, y llamando estúpido a su perro salchicha, al que por cierto, Lynn amaba. Sus respectivos padres, hermanos y amigos, también fueron mencionados en más de una ocasión, adornados siempre con adjetivos incisivos y apodos jocosos. Los gritos, los comentarios irónicos y las rabiets que ambos intercambiaron, fueron el deleite de las personas que cenaban a su alrededor, quienes los miraban con curiosidad y asombro mientras ellos se insultaban sin reservas, sacando a la luz detalles vergonzosos de sus respectivas familias.

Después de protagonizar tan adorable y escandalosa escena pública, Lynn se retiró del restaurante, echando humo y gritando a los cuatro vientos que no lo quería volver a ver nunca más en lo que le quedaba de vida.

En el bar, el Whiskey había arruinado ya la compostura y el equilibrio de Chris. Se había bebido cinco vasos dobles en menos de una hora, y cuando se levantó de la silla en la que se había sentado, sus ojos ya no

alcanzaban a ver con claridad lo que tenían enfrente. Su cuerpo era víctima de un vaivén estrepitoso y extraviado, y en su trayecto a la salida, amenazó con desplomarse en más de una ocasión. Al salir del bar, milagrosamente ileso y sin haberse golpeado ni una sola vez, se subió al primer taxi que lo recogió. En todo el camino no dijo nada que no fuera la dirección a la que quería llegar; se limitó a recostarse en la parte trasera del vehículo y desde ahí vio pasar por la ventanilla el paisaje nocturno de la ciudad. Cuando el taxista le avisó que ya habían llegado, de inmediato sacó su cartera y pagó por el servicio. Al bajar del auto, sintió que su cuerpo tambaleaba hasta el punto de desplomarse, pero, con un improvisado movimiento, se sostuvo de un árbol que apareció frente a él. Aliviado por no haberse roto la cara, agradeció al cielo la presencia salvadora de aquel árbol que había evitado tan penoso incidente. De pronto, frunciendo el ceño, recordó que afuera de su casa no había ningún árbol. Confundido, hizo un gran esfuerzo para separar su cuerpo del tronco y caminar unos pasos hacia atrás, a fin de tener una mejor perspectiva de su ubicación. Al principio, creyó que el taxista se había equivocado de número y que lo había dejado enfrente de la casa de su vecino, quien, efectivamente, tenía un árbol a un lado de su cochera. Pero, después de unos segundos, observó que tampoco se trataba de la casa de su vecino; no obstante, el lugar le resultaba muy familiar. Había estado ahí muchas veces, y ahora, a pesar de la oscuridad y la tremenda borrachera, reconocía perfectamente la calle en la que se encontraba. No era la calle en la que él vivía, tampoco la casa detrás del árbol era la de su vecino. Con un gesto cercano al pánico, cayó en la cuenta de que se encontraba afuera de la casa de Lynn.

¿Por qué el taxista lo habría llevado a esa dirección? ¿Acaso él mismo se habría confundido? ¿O acaso sería una señal divina para que buscara a Lynn y se reconciliara con ella? ¿Qué tal si el taxista era una especie de cupido que había aparecido de la nada para unirlo de nuevo con la mujer que amaba? Bajo el estado de embriaguez en el que se encontraba, esas eran las conjeturas que rondaban su cabeza. Sin mucha resistencia, aceptó la hipótesis de que, en efecto, se trataba de una señal divina.

A pesar de la hora, impulsado por el reciente desubrimiento de cómo habían sucedido las cosas, decidió tocar la puerta de la casa de Lynn, sin obtener el resultado esperado. Desconsolado, emprendió la caminata hacia la salida de la calle en la que se encontraba. Era una calle angosta por la que no transitaban muchos autos, menos a esa hora, sin embargo, antes de llegar a la avenida principal, un taxi pasó frente a él y de inmediato le hizo la parada. Para su mala fortuna, el vehículo iba ocupado. Entonces, pensó que lo mejor sería esperar ahí mismo hasta que el taxi regresara vacío, puesto que la calle era cerrada y no había otra forma de salir de ella. Cuando el taxi volvió y lo recogió, se aseguró de articular muy bien cada una de sus palabras, diciendo de manera fuerte y clara su dirección. Durante el trayecto, no quiso distraerse con nada y solo observó atentamente el camino por el que el taxista lo llevaba. Minutos más tarde,

el auto se detuvo enfrente de su casa, y cuando estaba a punto de pagar por el servicio, el taxista comentó:

– ¡Qué curioso, joven! No me lo va a creer, pero acabo de traer, a esta misma dirección, a una chica que se veía desconsolada y algo pasada de copas. Al llegar aquí, se arrepintió y no quiso bajarse del auto. Luego, me dijo que aquí vivía el patán al que amaba, y sin decirme más detalles del asunto, me pidió que la llevara a la calle en donde lo recogí a usted.